

Las Chicas

Autora: Daniela M.

Sintió los tres golpecitos en la puerta de su oficina y antes de contestar, como si hubiera tenido una revelación, supo que se trataba de lo mismo. Este año, en cinco oportunidades anteriores, una mujer de su equipo había esperado la hora de la tarde en la que el ritmo del laboratorio decae y la calma marca el fin de la jornada, para acercarse a contarle la noticia de su embarazo. Para una se trataba del primero, para otras, en las que creyó detectar un poco de desconcierto por lo inesperado, el segundo o el tercero...

Las visitantes que entraban a buscar el peachímetro o a preguntar por un catálogo, eran advertidas de que en ese laboratorio estaba la baldosa de la fertilidad. Y recordó que esa semana una becaria nueva de otro grupo se había quedado parada en la puerta, evitando el contacto con ese suelo que parecía conocer el secreto de la fecundidad. Le vinieron a la cabeza las imágenes de la terminal de ómnibus, con dos o tres de estas docentes saliendo para otras provincias a dictar cursos, mientras daban la última recomendación a los padres que quedaban a cargo de la prole. Y cuando les tocaba viajar a dar clases con embarazos avanzados, subían lentamente al colectivo y se acomodaban en la butaca poniendo las piernas en alto para evitar que se les hincharan. Varias veces al llegar a destino a las cinco de la mañana, las recibía el abrazo helado de los vientos de invierno, que no tenían piedad con estas pasajeras adormecidas. Recordó la foto típica de las grandes familias que tomaron en la última juntada en su casa, en la que el protagonismo de toda esa pibada que había visto nacer y crecer era evidente. O que, en más de una ocasión, tuvo que cubrir a alguna madre que salió apurada en medio del experimento porque le avisaron de su casa que el bebé estaba con fiebre. Y cómo

disfrutaban de los cafés de la mañana compartiendo la torta de algún cumpleaños infantil, salpicada con coco a pesar de la negativa de la abuela paterna, mientras se centrifugaban las células para hacer un cultivo.

Sus chicas habían resuelto combinar maternidad y ciencia, y a lo mejor porque ellas, buenas conocedoras del valor del tiempo, habían mostrado ser muy eficientes en el trabajo, un balance rápido le permitía concluir que su grupo nunca había tenido un período más productivo. Recorrió el perchero con su mirada y vio que su guardapolvo blanco estaba ahí y cayó en la cuenta de que tendría que repasar un poco la guía del práctico de Mancini para cuando le tocara colaborar para cubrir las licencias en este semestre. Dejó los anteojos sobre el escritorio, se sonrió con alegría y con voz amable dijo: “adelante...”